

fué nombrado, pasó á Francfort á conferenciar con el duque de Brunswick, generalísimo de las fuerzas prusianas, y á concertar con él un plan tan desconcertado y pusilánime como el que acababa de libertar á Champaña, perder á Luis XVI y descubrir el Rhin.

Tal fué la organizacion de esta nueva coalicion, en la que de cinco potencias, tres permanecian en expectativa, y sólo dos iban á combatir, observándose con inquietud una á otra, y no comprometiéndose sino con reserva, haciendo secretos esfuerzos para echarse el peso de la guerra comun, y maniobrando bajo la diferente direccion de dos generales que sólo se entendian para evitar el enemigo.

X

Hemos dejado á Dumouriez vencedor en Valmy, á Kellermann acompañando más bien que persiguiendo la retirada del rey de Prusia, á Custine en Maguncia, á Dillon en Alsacia, y á Montesquiou reuniendo treinta mil hombres de las guarniciones de nuestras ciudades del Mediodía para invadir á Saboya.

Bosque de los Alpes, Saboya se une á Mont-Cenis por su más elevada cumbre. A un lado baja por una sola y rápida pendiente á los ricos llanos del Piamonte, hácia Turin, y al otro se divide en cuatro anchos y profundos valles, que corren, cada uno con un torrente propio, desde el pié de sus ventisqueros hasta la embocadura de aquellas gargantas. Allí estos torrentes, cuyo desnivel se disminuye ó deja de existir, se hacen lagos, como los de Ginebra, Annecy, Bourget, ó se pierden en el Isere y en el Ródano, que los llevan al Mediterráneo por las provincias del Mediodía de Francia. Estos torrentes arrastran sin cesar en sus espumosas aguas los aludes de nieve y los pedazos de rocas desprendidos de las montañas, oyéndose el ruido á una inmensa profundidad, y haciendo con mucha frecuencia imposible el paso de una orilla á la otra. En los estanques donde se ensancha su cauce hay algunos caseríos, con paredes bajas y cubiertos con lava negra sobre la arena parda y las piedras acumuladas por aquellas aguas. Por todo el resto de estas rápidas pendientes hay diseminadas algunas pequeñas aldeas ó cabañas aisladas, suspendidas y como colgadas de los estrechos y perpendiculares escalones de las montañas. En donde estas pendientes son ménos inclinadas, se extienden várias praderas y algunas cepas que se enlazan á los nogales, y que el campesino, avaro de terreno, cultiva formando emparrados sobre columnas de madera seca.

A estos valles se reúnen otros sin interrupcion, para perderse sin salida en las gargantas que se estrechan de repente y se ocultan en las nieves. El valle de Faucigny, el más próximo al Valais y á Suiza, se forma al pié de Mont-Blanc y desemboca junto á Ginebra. El Maurienne, que baja del Mont-Cenis, se ensancha de repente al aproximarse á Francia, entre Conflans y Montmelian, dos ciudades de Saboya. Allí se une con el valle de la Tarantaise, por donde corre el Isere. A alguna distancia de Montmelian, el Maurienne se divide en dos, corriendo á la derecha hácia Chambéry, capital de Saboya, y á la izquierda hácia Grenoble, ciudad francesa y capital del Delfinado, encajonada en una entrada de los Alpes. Montmelian, que defiende á la vez la entrada del Maurienne, del Tarantaise, del llano de Chambéry y del valle de Gresivaudan, camino de Grenoble, es por tanto la llave de Saboya.



Funerales de Lepelletier de Saint-Fargeau.
Pág. 323.

El pueblo que habita aquellos valles y aquellas llanuras, sujeto á una soberanía cuya residencia está en Italia, nada tiene

de italiano más que su gobierno. Es una raza completamente distinta de la latina y de la helvética; no habla ni italiano ni alemán, sino francés; su carácter, sus costumbres, sus hábitos y hasta sus industrias son francesas. Tan pronto como el lazo forzado que le une al Piamonte se afloje ó se rompa, Saboya se inclinará hácia Francia. Las guerras que le hizo bajo la bandera sarda son contra naturaleza, y casi guerras civiles. Exceptuando la nobleza y el clero, á los que las soberanías hereditarias y los favores de la corte unen con un amor fanático á la casa reinante de Saboya, todo el resto de la nacion tiene el corazón francés. El yugo del Piamonte le pesa, la supremacía del nombre piamontes le humilla, los privilegios honoríficos de la nobleza le ofenden, el dominio de su clero, que teme la introduccion de las ideas extranjeras en aquellas montañas, le disputa la luz y el aire del siglo. La casa de Saboya, aunque paternal, benéfica y deseosa de hacer mejoras administrativas en los tres gobiernos que rige, los tiene, sin embargo, en una especie de disciplina monástica, que recuerda el régimen español. El rey, el noble, el sacerdote y el soldado son todo el pueblo.

La conformidad de lenguaje, la contigüidad de las fronteras, las relaciones

mercantiles y las numerosas emigraciones de saboyanos á Francia, habian dejado, sin embargo, infiltrar las ideas revolucionarias en aquellas montañas. Juan Jacobo Rousseau pasó su juventud en el pueblecito de Annecy y en la soledad de los Charmettes, cerca de Chambéry. Voltaire habia envejecido en Ferney, á la puerta de Saboya. Ginebra, fuerte colonia de la libertad protestante y metrópoli desde el tiempo de Calvino de la filosofía moderna, tocaba con sus arrabales al territorio saboyano. Estos recuerdos, estas influencias y vecindades habian inspirado á la poblacion el desprecio de un gobierno benigno, pero atrasado, y el deseo de entregarse á Francia.

No obstante las frecuentes uniones de familia entre la casa de Saboya y la de Borbon, el tratado de Worms, en 1741, entre Carlos Manuel y María Teresa, habia infeudado políticamente la monarquía sarda al Austria. Víctor Amadeo, que reinaba en el momento en que la revolucion estallaba en Francia, era un príncipe amado de sus pueblos, contemporizador como la vejez, pero perdía su prudencia en palabras y su tiempo en consejos; por esto le llamaban el Nestor de los Alpes. A pesar de las inquietudes que le daba la inclinacion de Saboya á separarse de la union de sus tres principados y entregarse en brazos de la revolucion, su carácter le hubiera decidido á la neutralidad. Pero la influencia que tenia el clero en su ánimo le habia inspirado horror á una república que no amenazaba ménos el Dios de su fe que el trono de sus padres. Numerosos eclesiásticos franceses, expulsados de sus parroquias por negarse á jurar la Constitucion civil del clero, se habian refugiado en casa de sus hermanos de Saboya. Difundian allí las noticias de las persecuciones contra la Iglesia y las maldiciones contra el cisma. Chambéry estaba lleno de obispos y de nobles fugitivos, que ponian de manifiesto los dolores, las esperanzas y las ilusiones de los refugiados de todos los tiempos y de todos los países. Turin era en el exterior la capital de la contrarevolucion. Los realistas de Lyon, de Grenoble y del Mediodía sostenian por las fronteras de Saboya y por el condado de Niza relaciones ocultas con Turin. El rey de Cerdeña habia retirado su embajador de Paris, declarando bastante con este acto que consideraba á Luis XVI como prisionero, y que no trataria en adelante con la nacion francesa. Mr. de Semonville, enviado por Dumouriez á Turin para obtener explicaciones amigables, habia sido detenido en Alejandría, como sospechoso de que iba á fomentar el espíritu de agitacion en Italia. Los girondinos, dueños del ministerio y de la Asamblea, hicieron decidir las hostilidades.

Montesquiou, que mandaba el ejército del Mediodía, recibió orden para prepararse á la invasion, y se le enviaron cuarenta batallones destacados del ejército que estaba ocioso en los Pirineos. Su base de operaciones se extendia sobre una línea de más de cien leguas, desde el Jura, que domina á Ginebra, hasta el Var, que cubre á Niza. Montesquiou sentia una viva impaciencia por mostrar la bandera francesa á pueblos que sólo le pedian una ocasion para entregarse á Francia, y para quienes la conquista se parecia á la libertad. Trazó un campamento al extremo de su derecha sobre el Var, y estableció otro en Tournoux, en el centro de la muralla de los Bajos Alpes. Reunió á su izquierda diez mil hombres en el fuerte de Barreaux, cerca de Grenoble, y en fin, llevó diez mil combatientes de sus mejores soldados á Cessieux, y algunos destacamentos á Seyssel y á Gex, á la entrada de los valles de Saboya.

Fiel á las tradiciones militares del mariscal de Berwick, Montesquiou habia conocido que una expedicion sobre el Piamonte, recinto estrecho y circular en donde cada punto amenazado puede recibir en tres marchas refuerzos de Turin, su capital y su plaza de armas, era impracticable con masas tan débiles como las suyas; pero no ignoraba que el condado de Niza y Saboya, dos largos brazos separados de la monarquía sarda, podian ser cortados del cuerpo y adquiridos por Francia, sin que el Piamonte pudiese salvarlos. Manióbró, pues, con arreglo á este plan, y el 4 de Setiembre mandó secretamente la invasion del condado de Niza por sus tropas del Var, combinada con la salida de su flota de Toulon, que atacaria por mar mientras que el ejército marchase por las montañas á las órdenes del general Anselme. Mandó al general Casabianca amenazar á Chambéry por Saint-Genis, y se dirigió él mismo al fuerte de Barreaux con el grueso del ejército para forzar el desfiladero que cierra Saboya.

El ejército piamontes, que constaba de diez y ocho mil hombres, estaba mandado por el general Lazary. Habiendo disparado este general algunos cañonazos al ejército de Montesquiou y su retaguardia en la entrada del desfiladero, replegó sus tropas hácia Montmelian. En lugar de fortificarlo, y de este modo cerrar á Montesquiou la entrada de los tres valles cuyo punto de partida domina aquella ciudad, Lazary lo abandonó, cortando el puente, y se retiró á Conflans. Todos los cuerpos piamonteses diseminados en Annecy, en Chambéry y en Faucigny se replegaron aisladamente y casi sin combatir, para reunirse al núcleo principal del ejército sardo y volver á subir hácia el Piamonte. Las columnas francesas los siguieron sin obstáculo en medio de las aclamaciones del pueblo invadido. Montesquiou hizo su entrada triunfal en Chambéry, y recibió de mano de los magistrados las llaves de la capital de Saboya, cuya administracion dejó á los habitantes. El mismo día de este triunfo, los jacobinos destituan en Paris al general Montesquiou. La noticia de su victoria y el grito de indignacion pública contra la ingratitud de los jacobinos hicieron revocar por un momento aquella destitucion. Montesquiou organizó su conquista, y llevó sus tropas á la frontera de Ginebra.

Durante estas operaciones, el general Anselme, reuniendo los batallones de los voluntarios de Marsella á los ocho mil hombres que mandaba, se fortificó sobre la línea del Var, amenazando el condado de Niza con una invasion y previniéndose contra otra en el Mediodía. El conde de Saint-André mandaba los piamonteses, componiéndose su ejército de ocho mil hombres de tropa de línea y de doce mil soldados voluntarios de las milicias del país.

El condado de Niza, estrecho pero admirable anfiteatro natural que descende gradualmente de la cumbre de los Alpes hácia el Mediterráneo, es una Suiza italiana, donde el olivo y el limonero reemplazan las hayas y los pinos; pero sus valles estrechos de difícil acceso, atravesados por barrancos y torrentes muchas veces secos, ofrecen para la invasion las mismas dificultades que Saboya. La raza liguria que le habita, raza pastoril en las montañas, marítima y comerciante en las costas y belicosa en todas partes, hablando distinto idioma y con costumbres diferentes de las francesas, estaba muy distante de tener con Francia la misma simpatía que los saboyanos. La mar y las montañas dan á los pueblos el sentimiento de una doble independencia. La proximidad de Génova ha presentado en todos tiempos á las poblaciones litorales el ejemplo de una individualidad republicana

emancipada del yugo de las grandes monarquías vecinas. El espíritu genoves era el espíritu público del condado de Niza: el amor á los principios franceses y el horror al yugo de Francia. Los montañeses descendían á bandadas de sus aldeas alpestres, calzados con sandalias atadas con correas, con la escopeta en la mano, incapaces de soportar una larga campaña y la disciplina militar; pero ágiles, infatigables é intrépidos para una guerra de montaña, de sorpresas y guerrillas.

Habia escogido hábilmente el conde de Saint-André la posición de Saorgio, altura inexpugnable que domina á Niza, los caminos de Francia y del Piamonte, para centro y ciudadela de la provincia que estaba encargado de defender. Había establecido allí de antemano un campamento fortificado y atrincheramientos guarnecidos de murallas. El almirante Truguet se presentó delante de Niza el 28 de Setiembre con una escuadra compuesta de nueve navíos, y amenazó con bombardear la ciudad. El general Anselme se aproximó por tierra, dispuesto á intentar el paso del Var. Por la noche, el general Courten, que mandaba la ciudad, replegó sus tropas hácia Saorgio. Tres mil emigrados franceses que habían buscado asilo en Niza, indignados con el cobarde abandono de la guarnición, sublevaron una parte del pueblo, y corrieron unos á las baterías de mar y los otros á las del Var; pero amenazados por los particulares, que no veían en esta lucha desesperada más que un pretexto para incendiar la ciudad, se retiraron por la noche al camino de Saorgio, perseguidos, insultados, robados y asesinados por el populacho feroz de la costa. Este amenazaba saquear hasta la ciudad. Los particulares enviaron á suplicar al general Anselme ocupase la plaza lo más pronto posible. Anselme pasó el Var á la cabeza de cuatro mil franceses, y entró en medio de aclamaciones unánimes en la capital del condado.

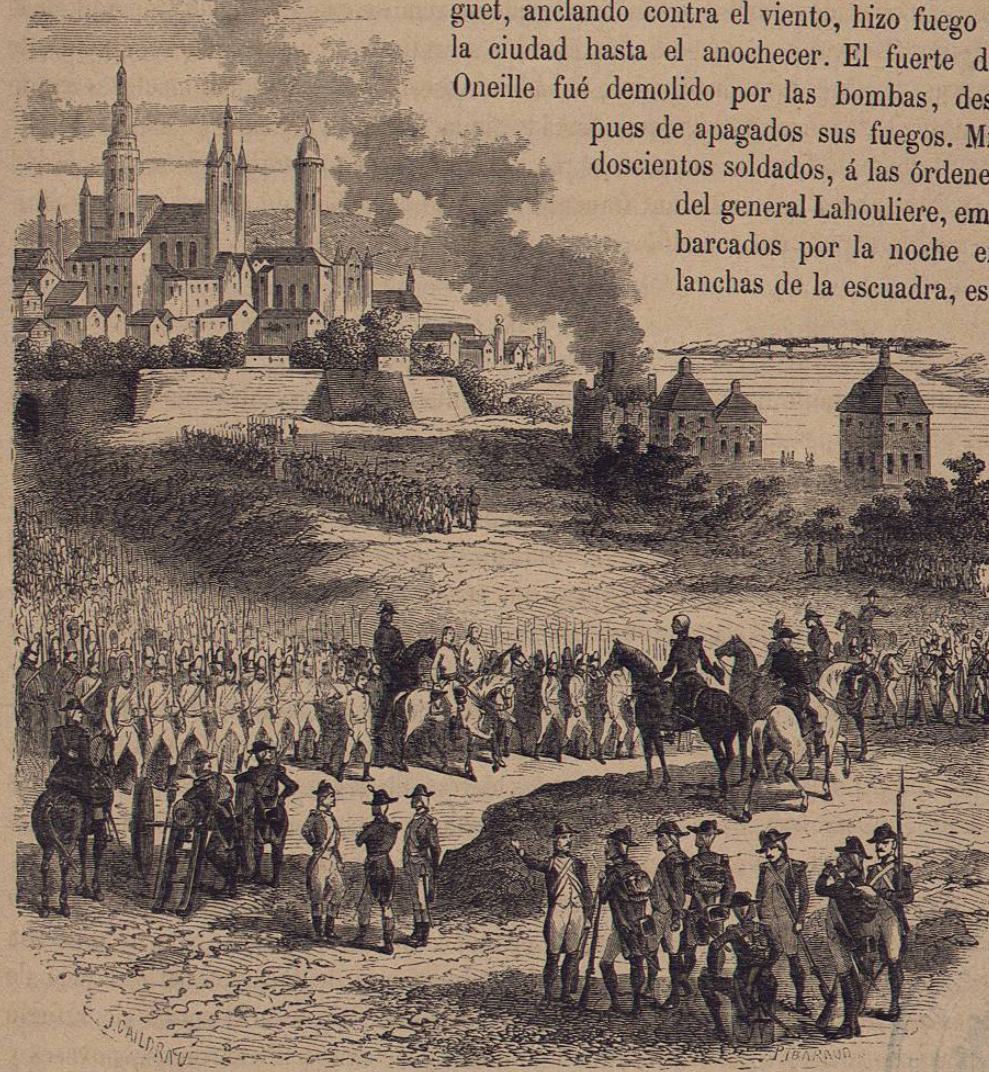
XI

Mientras tanto, los excesos que los revolucionarios de Niza cometían contra sus enemigos personales, al abrigo de las bayonetas y de la bandera de Francia, sublevaron á los montañeses, siempre más unidos á las antiguas costumbres y más fieles al antiguo dominio que los pueblos de las llanuras, de las orillas de los ríos ó de las playas del mar. Los sacerdotes y los frailes, temiendo penetrasen á mano armada en su imperio las ideas que acababan de despojar la Iglesia en Francia, confundieron su causa con la de la religión, y sublevaron el pueblo, no por su patriotismo, sino por su conciencia. Los más jóvenes y más intrépidos marcharon ellos mismos á la cabeza de las bandadas, y hacían fuego á los puestos avanzados y á los destacamentos franceses donde quiera que los encontraban separados de la masa de los cuerpos. Emboscados detrás de las rocas ó los troncos de los árboles, disparaban y huían escalando las escarpadas pendientes con la destreza de los cazadores. La guerra no era más que un continuado asesinato.

Veía diezmar sus tropas el general francés Anselme. El centro de aquella guerra santa estaba en Oneille. Esta pequeña ciudad, marítima y montuosa á la vez, capital de un pequeño principado dependiente de Cerdeña, era el foco de todas aquellas tramas contra la dominación francesa. Su puerto servía de refugio y plaza de armas á una multitud de piratas y de corsarios sardos, genoveses y napolitanos, cuyos barcos ligeros y falúas armadas hacían desembarcos nocturnos

en la costa, ó ejercían en la mar la misma piratería que las bandadas de los montañeses en el valle de Niza. Muchos conventos de frailes, verdaderos dominadores de la ciudad, fomentaban aquella guerra santa, y santificaban con sus violentas predicaciones aquellas inútiles y sangrientas expediciones. Anselme y Truguet resolvieron de concierto ahogar el fanatismo en su foco, y embarcaron tropas en Villafranca en los navíos de la escuadra, que aparecieron delante de Oneille el 23 de Octubre. El almirante Truguet envió al capitán Chaila para intimar á la ciudad y obligar á los habitantes á que evitasen con su sumisión los horrores de un bombardeo. La falúa que llevaba á Chaila se aproximaba con bandera parlamentaria, al ver las señales é invitaciones pacíficas de la población que cubría la playa; pero apenas llegó al punto de desembarco, cuando la acribilló una descarga de cien tiros, y mató un oficial, cuatro marineros, é hirió muchos hombres y al mismo Chaila. La falúa, llena de cadáveres y de heridos, viró de bordo, perseguida y ametrallada, cada vez que la ola la levantaba, por una nube de balas, y volvió con trabajo á presentar á la escuadra aquel testimonio de la perfidia de los habitantes.

Indignadas las tripulaciones, clamaron venganza, y Truguet, anclando contra el viento, hizo fuego á la ciudad hasta el anochecer. El fuerte de Oneille fué demolido por las bombas, después de apagados sus fuegos. Mil doscientos soldados, á las órdenes del general Lahouliere, embarcados por la noche en lanchas de la escuadra, es-



Rendición de Maguncia.—Pág. 330.

peraron el alba para hacer su desembarco, apoyados por el fuego de dos fragatas.

Los habitantes, al ver estos preparativos, huyeron á las montañas, llevando consigo todo lo mejor que tenían, y abandonando sus casas al saqueo y al incendio. Sólo los frailes, acostumbrados á la inviolabilidad del sacerdocio, respetado hasta entónces en las guerras de Italia, quedan encerrados en sus conventos. Los franceses fuerzan las puertas de estos asilos, matan sin distincion, culpables ó inocentes, á los frailes, designados á su venganza por las tramas de que han sido instigadores y por el cobarde asesinato de Chaila. El saqueo y el incendio, represalias terribles, devastan y destruyen la madriguera de la piratería y del robo. Los franceses no dejaron en la ciudad de Oneille, al embarcarse, más que un monton de cenizas, y los cadáveres de los frailes entre las ruinas de sus conventos.

La expedicion de Oneille y el degüello de sus sacerdotes, léjos de apaciguar la insurreccion en las montañas del condado de Niza, hizo que se levantasen en masa los barbetos. Reunidos á los piamonteses y á un cuerpo austriaco cedido al rey de Cerdeña por el emperador, atacaron á los franceses en Sospello, que era el punto más elevado que ocupaban. Seis mil hombres y diez y ocho piezas de artillería arrojaron de allí al general Brunet. Anselme salió de Niza con toda la guarnicion, compuesta de doce compañías de granaderos, mil quinientos hombres escogidos y cuatro piezas de artillería, y fué á rescatar aquella importante posicion. La rescató en efecto á la bayoneta, y volvió á Niza. Denunciado á la Convencion por su benigna administracion, culpable á los ojos de los jacobinos por haber contenido los asesinatos y las venganzas de los nizardos, fué arrestado en medio de su ejército victorioso, y conducido á Paris para expiar en los calabozos las primeras glorias de las armas francesas.

Al mismo tiempo, una escuadra mandada por el almirante Latouche iba á intimar al rey de Nápoles que se declarase en pro ó en contra de la república, y que desaprobase los manejos de su embajador en Constantinopla contra el reconocimiento del pabellon tricolor por el sultan. La escuadra, compuesta de seis buques de guerra, habia entrado al 27 de Diciembre en el golfo, desafiando á las quinientas piezas de artillería de los muelles y los fuertes de Nápoles. Latouche, despues de haber anclado debajo de las ventanas del palacio del rey y dado la señal de combate á sus buques, envió un granadero de las tropas de marina á llevar un mensaje al mismo rey. Este embajador no tenia más título que el de soldado frances, ni otras credenciales que las mechas encendidas de los cañones de la escuadra que el rey veía humear desde lo alto del terrado de su palacio. El almirante exigía en su carta que el enviado de la república fuese recibido, que se garantizase á Francia la neutralidad de Nápoles, que se llamase al embajador insolente que habia negado la legitimidad del gobierno del pueblo frances en Constantinopla, y que la corte de Nápoles enviase un embajador á Paris. La negativa de una sola de estas condiciones sería la señal del fuego de los buques.

Intimidado el rey, recibió al granadero frances con los honores que hubiera concedido al enviado de la república; accedió á todo lo que se le pedía, y ademas ofreció su mediacion entre la república y sus enemigos. «La república—le respondió el granadero—no quiere más mediacion entre ella y sus enemigos que la victoria ó la muerte.» La corte de Nápoles, dominada por una reina orgullosa y enemiga de los franceses, sufrió aquella humillacion sin murmurar. Fingió cumplir

las condiciones pacíficas impuestas por la actitud de Latouche, y tomó de nuevo con más odio su puesto en la conjuracion de las cortes.

XII

En tanto que nuestros batallones sometian á Saboya y al condado de Niza, miéntras nuestras escuadras dominaban las costas del Mediterráneo, y Dumouriez limpiaba lentamente la Champaña, los austriacos, alentados en los Países Bajos por haberse ausentado el grueso de nuestras tropas, que Dumouriez habia llamado para la reunion en el Argonne, intentaban penetrar por el Norte de Francia. Los emigrados habian persuadido al duque Alberto de Sajonia-Teschén, gobernador de los Países Bajos, de que los habitantes del Norte de Francia, y el pueblo de Lille sobre todo, no esperaban más que un pretexto para sublevarse contra la Convencion y para declarar á su rey cautivo una fidelidad que estaba en el carácter de aquellas provincias. Beurnonville, conduciendo diez y seis mil hombres del ejército del Norte al socorro de Dumouriez, dejaba descubierta á Lille, en donde sólo habia diez mil hombres de guarnicion; fuerza insuficiente para defender fortificaciones muy vastas y para contener al mismo tiempo una poblacion de setenta mil almas. El duque Alberto reunió veinticinco mil hombres, pidió de los arsenales de los Países Bajos cincuenta piezas de artillería de sitio, se presentó el 25 de Setiembre delante de las murallas de Lille, é hizo abrir trincheras.

Cinco baterías armadas con treinta piezas se concluyeron en la noche del 29, y el baron D'Aspre fué á intimar la rendicion á la ciudad. Conducido al ayuntamiento con los miramientos conformes á las leyes de la guerra, el parlamentario hizo su intimacion al general Ruault, que mandaba la ciudad. El general respondió como hombre seguro de sí mismo, del valor de su débil guarnicion y del entusiasmo del pueblo. La multitud que se agolpaba á las puertas del ayuntamiento volvió á conducir al parlamentario hasta los puestos avanzados austriacos, en medio de los gritos de *¡Viva la república! ¡Viva la nacion!*, y el fuego principió al momento. Por espacio de siete dias y siete noches, las balas y las bombas destruyeron sin descanso la ciudad, mataron seis mil habitantes é incendiaron ochocientas casas. Las bodegas, donde las mujeres, los viejos y los niños buscaban un refugio, se hundieron en muchos barrios bajo el peso de las bombas, y sepultaron miles de víctimas bajo sus ruinas. Una poblacion intrépida se cambió en un ejército aguerrido, y no tuvo ni un solo momento de indecision, pareciendo ser la guerra la profesion habitual de aquel pueblo de las fronteras. Todas las ciudades del Norte de que Lille aún no estaba cortada por un cordon completo le enviaron víveres, municiones y batallones formados con lo más florido de su juventud. Seis miembros de la Convencion, Duhem, Delmas, Bellegarde, Daoust, Doulcet y Duquesnoy, fueron á encerrarse en sus muros para animar el valor de los sitiados y hacer ver en las fronteras que la nacion combatia con ellas en la persona de sus representantes.

En vano treinta mil balas rojas y seis mil bombas del peso de cien libras cargadas con metralla llovieron durante ciento cincuenta horas sobre aquel hogar humeante, sin cesar extinguido y sin cesar renovado; en vano, para animar la constancia de los sitiadores, la archiduquesa de Austria, María Cristina, esposa del